



Relaciones. Estudios de historia y sociedad
ISSN: 0185-3929
relacion@colmich.edu.mx
El Colegio de Michoacán, A.C.
México

Levi, Giovanni
UN PROBLEMA DE ESCALA
Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXIV, núm. 95, verano, 2003, pp. 279-288
El Colegio de Michoacán, A.C.
Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13709510>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

En este ensayo se ofrecen reflexiones sobre los problemas historiográficos del estudio de los vínculos reales entre las escalas locales y globales. Se contemplan tanto el problema de perder de vista la situación concreta de la gente real durante el estudio de sistemas de grandes dimensiones como el problema de un enfoque casi biográfico que ignoran las realidades globales que pesan sobre las personas. En adición, se pone atención en poderes que son intermedios entre el Estado y la comunidad local y la falta de estudio de las redes de relaciones que unen la socialidad de los grupos locales con el poder central más remoto del Estado moderno.

(Historiografía, Estado moderno, escala local y global)



N PROBLEMA DE ESCALA

Giovanni Levi*
UNIVERSIDAD DE VENECIA

1. ¿Cómo puede un historiador estudiar y describir sistemas de grandes dimensiones, pero sin perder de vista la situación concreta de la gente real y de su vida; o viceversa, cómo puede describir las acciones de una persona y su concepción limitada y centrada sobre el ego, pero sin perder de vista las realidades globales que pesan en torno de esa misma persona? Es un problema antiguo, que ha contribuido de una manera determinante a mantener indefinido el estatuto científico del oficio de historiador. E incluso, la imagen misma que en el exterior se tiene de nuestro trabajo, aparece como algo contradictorio. Algunos científicos sociales tienden a considerar a la historia como si ella fuese consustancialmente incapaz de teoría, y por lo tanto, de generalizaciones:

* evi@unive.it Este ensayo de Giovanni Levi fue publicado originalmente en italiano en el libro *Dieci interventi sulla Storia Sociale*, Ed. Rosenberg & Sellier, Turín, 1981, pp. 75-81. La traducción del italiano al español es de Carlos Antonio Aguirre Rojas

La diferencia entre el estudio histórico de las instituciones sociales y su estudio teórico, puede ser fácilmente observada si distinguimos entre investigación ideográfica e investigación nomotética. En una investigación ideográfica el objetivo es el de establecer como aceptables ciertas proposiciones particulares o actuales. Mientras que una investigación nomotética tiene, por el contrario, el objetivo de llegar a proposiciones generales aceptables (Radcliffe-Brown, 1977, pp. 11-12).

Otros, en el extremo opuesto, tienden a considerar a la historia como una disciplina incapaz de contener en sí, de explicar y de contar, las vivencias individuales; dado que lo irrepetible no tendría leyes:

La ciencia histórica nos deja en la incertidumbre respecto de los individuos. Esta ciencia revela solamente en qué puntos esos individuos estaban en relación con las acciones generales [...] en cambio el arte se coloca en el extremo opuesto de esas ideas generales, porque él no describe más que lo individual, no desea más que lo único. El arte no clasifica; más bien desclifica (Schwob, 1972, p. 13).

No quiero, ciertamente, ilustrar la historia nunca resuelta de un problema como este, sino más bien avanzar algunas reflexiones sobre el problema de la dimensión, de la definición de un área oportuna como objeto de estudio, que sea capaz de asumir el problema de la escala de los fenómenos como algo relevante.

Me ha causado mucha sorpresa, en estos últimos tiempos, la hostilidad con la cual los historiadores italianos han acogido la aproximación microanalítica: la presunta petulancia de la microhistoria ha sido interpretada, demasiado fácilmente, como si ella representara sólo un interés renovado por ciertos contenidos cotidianos e impalpables, y ello en contra de un modo de hacer historiográfico tradicional, que estaría más bien atento a los grandes cambios y a los grandes acontecimientos.

Mientras que de lo que aquí se trata en realidad no es de la relevancia que tienen los objetos que se estudian, sino más bien del modo en que esos objetos son insertados en su propio contexto: la fragilidad de los mecanismos causales que los historiadores utilizan se encuentra ligada al hecho de que sus investigaciones se desarrollan "a partir del

nombre del asesino", y también de que las causas se convierten en un campo de opinión que no puede tener verificación alguna, porque los hechos permanecen siempre iguales, como algo que es indiferente a las premisas, a los orígenes, e incluso a esas mismas causas descritas. Y es dentro de esta misma lógica, creo, que para nosotros los historiadores ha sido fácil llevar a cabo una asimilación superficial de los instrumentos de las otras ciencias sociales, y también es por esta vía que los conceptos macrosociológicos se han instalado, sin modificarse para nada, dentro de nuestra manera de explicar las cosas: la verificación era, desde este punto de vista, imposible, si en cada experimento las consecuencias estaban ya incluidas en el propio punto de partida.

2. Aquello que tal vez ha sido más olvidado y más dejado de lado es el mundo de las relaciones interpersonales, las que pueden contribuir a definir el conjunto de las estructuras y la realidad en la cual los acontecimientos externos e internos irrumpen: cada caso concreto dará una respuesta diferente, incluso en el largo plazo, respuesta que será comprensible sólo si hemos definido de una manera no mecánica y no extrema a ese contexto.

Para dar un ejemplo: estamos habituados a considerar generalmente como válido el modelo de Marx de la transición del feudalismo al capitalismo. La lenta fase de la acumulación primitiva, la expropiación de los pequeños productores, la aparición de un empresario capitalista que sustituye al gran propietario feudal. Pero existen, obviamente, diferencias nacionales o regionales. Y me parece que actualmente se puede ir un poco más allá: es decir, que ahora se puede medir más sutilmente el efecto de un proceso ampliamente difundido, que por sí mismo y asimilado como un fenómeno general, no explica la variedad local de los comportamientos políticos sucesivos.

De este modo, estudiando el fracaso de un empresario capitalista, que ha sido poco atento al tema de la solidez cultural y política de la organización social clientelar de una comunidad piemontesa del siglo XVII (la comunidad de Felizzano), he tratado de demostrar la relevancia de un microanálisis que asumiese como central las redes sociales comunitarias; con lo cual era posible explicar, entonces, tanto el fracaso de un empresario que no había sabido insertarse coherentemente en el tejido social local, como también las consecuencias de ciertas actitudes políticas

cas de larga duración (como la del voto conservador, en una zona económica homogénea que sin embargo estaba normalmente orientada hacia la izquierda), inducidas en parte también por la victoria remota de la nobleza local, que aquí sustituye al señor feudal pero que impide la transformación capitalista de las relaciones sociales.

Aunque es cierto que explicaciones de este tipo, no tienen tanto la función de esclarecer el nacimiento asfixiante del capitalismo en los campos italianos, ni pretenden tampoco proponerse como generalizables. En cambio, aquello que si es generalizable es el uso de ejemplos como éstos, porque ponen en el centro de la observación problemas a veces descuidados, y porque permiten mostrar como la aparente uniformidad de las comunidades del Antiguo Régimen, y el aparente carácter mecánico de la transformación capitalista, ocultan una extraordinaria variedad de formas, llenas de consecuencias, y en las cuales las ya mencionadas redes de relaciones interpersonales tienen una importante fuerza explicativa.

3. Si no se afronta el problema de la dimensión que es adecuada para examinar los fenómenos históricos, se tiende a caer en mecanismos automáticos de explicación basados sobre dos premisas que no son neutras: la primera es que las situaciones locales, o las situaciones personales, no son más que el reflejo –por lo que se refiere a aquello que es realmente relevante– del nivel “macro”, y que, por lo tanto, esas situaciones sólo pueden ser utilizadas por lo que ellas poseen de general, o también solamente como ejemplos, y ello sólo a falta de una explicación mejor. La segunda premisa es que existe un orden de relevancia que asume como indiscutibles dicotomías del tipo: ciudad-campo, civilizado-primitivo, culto-ignorante, en las cuales el primer término tiene siempre un predominio sobre el segundo, que deriva para ese primer término de su conexión con el progreso y con el sentido de la historia.

Es un cuadro que tiende a no darle la debida atención a la debilidad de los sistemas de poder, porque descuida la fuerza de las respuestas y de las inercias, y también las modificaciones que son introducidas en los compromisos elegidos que cada situación individual lleva a cabo sobre las prescripciones que provienen de aquellos que dominan. Resulta así oscurecido, a veces, el significado mismo del ejercicio del poder en la sociedad que estamos estudiando.

La consideración de la pequeña escala se propone, entonces, como un modo de captar el funcionamiento real de mecanismos que, en un nivel “macro”, dejan demasiadas cosas sin explicar. Y la insuficiencia de esas explicaciones se puede comprobar en los debates sin salida que, continuamente, nos involucran a todos: el consenso popular de apoyo al fascismo; una clase obrera que ha asimilado la cultura de la burguesía victoriana; un mundo campesino arcaico que debe desaparecer frente al progreso, y temas por el estilo. La escala está aquí evidentemente equivocada, porque no puede dar respuestas sino hasta el momento en el que sea capaz de calar en una situación concreta, tal vez no generalizable, pero que de cualquier manera sea capaz de permitir la elaboración de un instrumental conceptual menos burdo que aquél que ha sido construido sobre los agregados anteriores demasiado indefinidos.

Así, no me parece suficiente, por citar un ejemplo, el hecho de considerar como significativa del conflicto político, durante la época fascista, tan solo a la lucha abierta: este punto de vista tiende a oscurecer una dimensión que actualmente ha sido asumida, y que se encuentra muy difundida en muchas partes de la historiografía del movimiento obrero americano, es decir, que la medida de la adaptación de la clase obrera a los imperativos políticos y económicos debe medirse, ante todo, “a partir de las dificultades que los capitalistas encuentran en el proceso de imponer a sus obreros las decisiones que no han recibido la sanción de la colectividad” (Gutman, 1979, p. 21).

El efecto de esta perspectiva, es el de trasladar el punto de observación hacia las transformaciones que debe sufrir el sistema de poder para convertirse, por lo menos, en algo soportable. Un punto de vista que permanece oscurecido cada vez que se asume, de manera simplista, que las directivas solamente van desde lo alto hacia lo bajo, y que la única respuesta de importancia es la del rechazo abierto y total. Y es del mismo tipo, si bien encubierta burdamente, y se resuelve en una abierta apología del poder; cada afirmación acerca de la total autonomía cultural de las clases populares, una autonomía concebida sin puertas y sin ventanas, sin relaciones, y por lo tanto incapaz de modificar la realidad y solamente de rechazarla (un ejemplo paradójico reciente se encuentra en Cappelli-di Leo, 1981).

Esto, obviamente, es tanto más verdadero conforme más se va hacia atrás en el tiempo. Visto desde lo alto, el campo y la ciudad del Antiguo Régimen parecen inmóviles, homogéneos, incapaces de influir sobre los cambios sociales, los que así aparecen siempre como propuestos en calidez de modernizaciones que provienen desde el exterior: la gran tradición encarna y modifica, incontaminada, a la pequeña tradición.

4. Pero el problema no está solamente aquí: seguir los funcionamientos reales y las regularidades no impuestas por el historiador, a través de conceptos externos válidos para todos los usos, no elimina el problema de salir también de una visión estructural-funcionalista demasiado rígida, que tamiza las vicisitudes individuales, todas ellas en cierto modo "desviadas" respecto de las regularidades buscadas. Frequentemente se ha descrito el mundo popular del Antiguo Régimen como oscureamente gobernado por los poderes fuertes y absolutos de la biología, de la subsistencia, de las instituciones: toda elección parecería estar aquí excluida. Pero desmontar en sus elementos componentes el mundo normativo, nos libera del errado y torvo sentido de necesidad que, no sólo las visiones generales, sino incluso también algunas investigaciones microanalíticas, nos han frecuentemente sugerido. La hipótesis es entonces ésta: ciertamente existen reglas y normas vinculantes; pero se trata de una selva de reglas y de normas que son contradictorias entre sí, que se plantean más bien como un cuadro elástico que exige estrategias y elecciones continuas, personales, de grupo, colectivas.

El problema para el historiador no es el de negar la verdad de los mecanismos descubiertos, sino más bien el de insertarlos en el contexto –una vez más– de una red menos constrictiva que aquella que nuestro sentido común, proclive a resolver los problemas del pasado con el *pasé-partout* del progreso, nos permite pensar: debemos tal vez disminuir el peso que el pasado tiene en la simplificación apológica de la aceptación del presente. Nuestros antepasados escogían, luchaban, cambiaban el mundo, dentro de los intersticios aún muy amplios del conjunto incoherente de normas que la naturaleza, el poder y las instituciones les imponían ambiguamente.

Y aquí nacían infinitas estrategias de defensa y de ataque, cuya importancia histórica no puede captarse si no partimos de la asunción de este punto de vista como algo central: no es una lucha en contra del pro-

greso la lucha de la resistencia campesina a la introducción del cultivo del maíz, introducción que trastornaba los ordenamientos productivos y sociales del campo, en favor de un equilibrio que sin duda multiplicaba las posibilidades alimenticias, pero que al mismo tiempo favorecía el aumento de la explotación y la enfermedad de la pelagra. Y no son carentes de una importancia cargada de consecuencias futuras, las estrategias clientelares con las cuales los grupos sociales resolvían o afrontaban sus pequeñas y locales relaciones con el Estado: el optimismo con el cual se ha atribuido, de manera moralista, el calificativo de atrasado a cada tipo de organización, de grupo, y de elección de líderes que no coincidiese con el tipo institucional propuesto por los sistemas políticos generales de la sociedad compleja, ha oscurecido la comprensión de los conflictos, de las elecciones políticas, y de las formas sociales que frecuentemente han sido la base sobre la cual las instituciones y los poderes han debido poner a prueba y modificar su propio sistema de normas. Poderes que son intermedios entre el Estado y la comunidad local, poseen todavía un cierto halo de misterio que no ha sido sometido al proceso de su verificación microanalítica: la mafia y la Democracia Cristiana, la burocracia de partido y su clientela, las asociaciones religiosas y los grupos locales, encuentran su explicación, precisamente, en la relación que une la socialidad de la aldea, del barrio, o del grupo, con el remoto poder central del Estado moderno.

5. Naturalmente no cualquier microanálisis es explicativo: precisamente la escala del problema que uno se plantea es la que nos reenvía hacia una correcta dimensión del punto de aplicación de la investigación: mecanismos de mercado que trastornan ordenes sociales y productivos en el campo, por ejemplo, deben ser descritos, preliminarmente, en su dimensión mucho más amplia de una familia, de una comunidad, o de una región. Pero el problema permanece: cualquier fenómeno tiene un cierto impacto sobre los mecanismos sociales, impacto que no solamente puede modificar los efectos de esos mecanismos, sino que también, reclama para ser adecuadamente comprendido, de la verificación local de sus significados, de las resistencias y de las respuestas. Esto me parece evidente en todos los aspectos que tienen que ver con la historia de las instituciones: no es suficiente ciertamente describir las leyes y las normas que las definen. Porque su funcionamiento concreto

y su modificación son el resultado de un conjunto de elementos entrelazados que es necesario reconstruir, y que incluyen respuestas locales, modos de aplicación, y consecuencias directas e indirectas.

De aquí deriva una consecuencia importante que es relativa al modo en que se comunica la investigación. La atención que la escala reducida, elegida por la microhistoria, pone sobre el contexto y sobre la acción simultánea de los varios sistemas institucionales y normativos, me parece que permite una más abierta comprensibilidad de las reglas del juego que sigue el historiador: en cierta forma, los acontecimientos se desarrollan como si sucedieran en un laboratorio, en el cual los elementos individuales están siendo recomuestos, asumiendo una relevancia cuya jerarquía no está definida de manera apriorística, fuera de la propia escena. Y no se trata obviamente de reivindicar una forma de comunicación inmediata, intuitiva o no controlada: se trata más bien de lo opuesto, y no debe haber respecto de este punto ningún equívoco, entre un procedimiento de este tipo y ciertas simplificaciones de la exposición y de la narración de las cuales se ha estado hablando mucho recientemente.

Muchos de los caminos que hoy son recorridos por la historia social son el fruto de las presiones que ejercen, sobre el trabajo del historiador, ciertas novedades conectadas con la crisis de los modos tradicionales de hacer política, o también de aquellos que ha sido definido como la aparición de nuevos grupos sociales, y que han propuesto temas nuevos y nuevos problemas. La historia oral es una de estas soluciones provisionales: dos motivos —creo— están en la base de su éxito incontrolado. El primero era la posibilidad de introducir, casi físicamente en la investigación, las voces de los protagonistas, su visión del mundo, la diversa jerarquía de las cosas que eran importantes de contar y de recordar. Los documentos, convertidos ahora en documentos vivos, comunicaban no solamente los contenidos, sino también las respuestas y las valoraciones. El segundo motivo era resultado de la confusa sensación de que la escritura de la historia, hasta este momento, se había planteado con muy poca atención el problema de la comunicación con el lector. El comunicador de historia parecía que podía cambiar, tan solo por la posibilidad inmediata de comprensión que un narrador vivo daba a un lector

que era extraño a la habitual corporación de los lectores profesionales. Y es así que se ha hablado muchas veces discutiblemente de una democratización de la historia.

En realidad todo esto ha creado muchos equívocos: la capacidad emotiva de interesarse ha sustituido rápidamente al trabajo de interpretación, y la responsabilidad del historiador ha sido encubierta detrás de la pasiva función de recolector de la memoria.

Aunque es ciertamente esencial la aportación de las fuentes orales al conocimiento de los grupos humanos, y también de las clases sociales poco documentadas en las fuentes escritas. Pero el mejor uso que se ha hecho hasta hoy de estas fuentes orales, me parece que es el relativo al modo de contar y de construir la memoria, y al modo de seleccionar los hechos siguiendo un cierto orden cultural de importancia, mucho más que el uso como documentación factual, salvo para el caso de ciertos aspectos muy específicos (como en el caso de las técnicas agrícolas o artesanales), o también para el caso de aquellas relaciones interpersonales que no han dejado ninguna otra traza o indicio documental. Pero el problema de la comunicación con el lector debe plantearse en términos muy diferentes respecto a todo lo que en general se ha hecho hasta hoy, y no sólo si se consideran los siglos pasados, en los cuales los testimonios orales no pueden ser reconstruidos por el investigador, sino que deben fundarse sobre fragmentos que son utilizables solamente a partir de una muy sólida malla interpretativa.

Más allá del problema de la relación del historiador con sus fuentes, existe el problema de cómo presentar el material que ha sido recolectado, y de cuál es el camino, siempre ampliamente ambiguo y alusivo, para lograr instaurar un puente entre el discurso del historiador y la comprensión del lector. También aquí creo que debe verse una de las propuestas significativas de la microhistoria: dado que esta última ha abandonado la ilusión de que las generalizaciones no plantean problemas de imprecisión y de malos entendidos, la microhistoria escoge en cambio, voluntariamente, una comunicación de tipo analógico, que no concibe al lector como un pasivo receptor de mensajes definitivos, sino que lo imagina como alguien activamente capaz de leer los significados redundantes del cuadro narrado, para confrontar, incluso a veces en

sentido contrario, otras situaciones, en las cuales no las respuestas, sino más bien los problemas y los conceptos interpretativos puedan ser también aplicables.

El descubrimiento de nuevas fuentes que permanecieron durante mucho tiempo descuidadas, y que van desde la cultura oral hasta la fotografía, desde las cartas privadas hasta los procesos criminales, ponen entonces una comunicación de la investigación que muestre no el rígido funcionamiento de un sistema de normas, sino más bien el proceso concreto de adaptación de las normas a los funcionamientos reales. De este modo, las historias personales no son ya concebidas como patologías desviadas de un mecanismo teórico, sino más bien como la ocasión concreta de medir el peso y la amplitud de los espacios que se abren entre esas reglas (del individuo, de la familia, del grupo, de la iglesia, del poder político, de la moral) que se encuentran en conflicto entre sí. Y es a partir de estos fragmentos, que se vuelven realmente comprensibles los procesos de cambio, procesos que las generalizaciones dan hoy y demasiado frecuentemente por sentados como simple premisa y como simple conclusión, introduciendo en la historia no la explicación, sino más bien la simple tautología.

OBRAS CITADAS

- CAPPELLI, O. y R. DI LEO, *Lettre dei fatti polacchi. Lech Wałęsa e Alexei Stachanov*, en “Laboratorio Político”, 1, 1981, pp. 171-180.
- GUTMAN, H. G., *Lavoro, cultura e società in America nel secolo dell’industrializzazione 1815-1919*, Bari, De Donato, 1979.
- KUPER, A. (ed.), *The Social Anthropology of Radcliffe-Brown*, Londres, 1977.
- SCHWOB M., *Vite immaginarie*, Milán, 1978.

FECHA DE RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: 13 de enero de 2003
FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 13 de enero de 2003

